

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 peseta
	» Trimestre... 2,50 »
	» Año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	» Semestre..... 6 »
	» Año..... 12 »

A UN PENSADOR

(SONETO)

¿Qué te detiene? Sin cesar ahonda
de la ardua ciencia en el profundo arcano;
es del minero el pensador hermano
y en su obra tiene la razón por sonda.

Baja á esa noche. A tu afanar responde
dócil el triunfo que labró tu mano,
y el negro vientre del abismo insano
nada á tu empeño escrutador esconda.

Matrona que escatima sus favores,
no meretríz que otórgalos sin freno,
es la austera verdad: lucha y no implores.

Al ruin lo fácil, lo costoso al bueno.
¡Sobre la tierra encontrarás las flores,
el oro hay que arrancarlo de su seno!

EMILIO FERRARI.

LOS RESERVISTAS

El llamamiento á las filas de los reservistas amenaza con renovar, en proporciones gigantescas, el desolador espectáculo que todos presenciábamos con honda pena cuando la trágica campaña de Melilla. Muchos de esos jóvenes han contraído matrimonio y constituido familia. ¿Qué va á ser de sus mujeres y de sus hijos cuando falte del hogar, llamado al servicio de la patria, el marido y padre cuyo trabajo les sustenta?

El problema se ofrece ahora con aspecto harto más pavoroso que en los tiempos del sainete de Sidi Guariach. No se trata de atravesar el Estrecho, sino el Atlántico; ni de arrostrar molestias, sino el vómito; ni de mantenerse á la defensiva al amparo de los fuertes, sino pelear en la manigua uno contra diez. Según todos los indicios, la campaña actual de Cuba será, como la pasada, una de las luchas más mortíferas de cuantas registre la historia. El padre de familia á quien corresponde partir, corre grave riesgo de dejar á su esposa viuda y á sus hijos huérfanos.

No sutilicemos respecto de la preeminencia teórica entre los sentimientos de familia y los deberes para con la patria. Es tema demasiado complejo y aún no bien esclarecido en la esfera de los principios. Tomemos los hombres y las cosas tales como son. Admitido está que los deberes patrióticos tengan primacía sobre los domésticos, no sólo tratándose de la familia de que se procede, sino también de aquella que voluntariamente se ha formado. La conscripción, que arranca al hijo de los brazos de la madre, arrebatada también el padre á sus hijos, ¿Es justo? ¿Qué importa? Baste saber que es necesario, ó que, hoy por hoy, se estima como tal.

Tan duro parece, no obstante, ese sacrificio de los afectos más puros é íntimos del alma, que, en determinadas circunstancias, no ha querido la ley que llegara á consumarse. El hijo único de madre viuda ó de padre sexagenario, han sido exceptuados del servicio militar. El legislador ha considerado impío que la sociedad arrebatara así á los infelices padres su único amparo, y que los hijos llevarán á las filas la terrible amargura de dejar á sus padres en la indigencia.

¿A qué, si no á un descuido de parte del legislador, pue-

de obedecer el que no se haya hecho igual excepción en favor del padre de familia de quien depende la subsistencia de los suyos? Si sagrado es el deber de sustentar á los padres, ¿lo es menos el de alimentar á los hijos? ¿No es ésta, por el contrario, una de las primeras prescripciones de la ley natural? ¿No existe flagrante contradicción entre la ley que autoriza para contraer matrimonio y la que veda en ciertos casos para cumplir los deberes que implica la paternidad?

Si por razones de conveniencia, más ó menos plausibles, no se establece esta exención, lo menos que el derecho puede reclamar es que el Estado, que consuma el desamparo provisional de los hijos y de la esposa, atienda á sus necesidades mientras tal desamparo dure. Es un deber que á todos alcanza. Todos no podemos ir personalmente á hacer la guerra; pero en nombre de todos van los que van. La causa que ellos van á defender, tan nuestra es como suya. Mientras por esa causa común van ellos á sufrir las penalidades, á arrostrar los peligros y á encontrar acaso la muerte, el resto de los españoles sigue haciendo su vida habitual, en la plena seguridad y gozando los beneficios de la paz. ¿No sería infame en nosotros, autorizados para subvenir con el fruto de nuestro trabajo al sustento de nuestras familias, el dejar perecer en la miseria á las familias de aquellos que en nuestro nombre, en nuestra defensa, por nuestro derecho, por nuestro honor, sufren, peligran, luchan, enferman y mueren?

Se ha dicho que un paso dado en la senda del mal, arrastra todo el cuerpo; la senda de la justicia y del derecho no es menos resbaladiza. Si es deber de la patria el sustentar á las familias indigentes y desvalidas de los que la sirven, ¿cesará ese deber cuando sus servidores sucumban? ¿Se amparará á los hijos y á la esposa del soldado vivo y se le retirará todo amparo tan luego como el soldado muera? ¿Se constituirá la patria en madre interina de esas familias desvalidas para abandonarlas á los rigores de su suerte en el preciso momento en que cesa para ellas toda esperanza de remediar su desamparo? La obligación de atender á las familias de los que sirven la causa común, ¿no implica aún con mayor imperio la de no desatenderlas en el instante en que la suerte viene á consumir y hacer definitivo su infortunio?

Aun de los más imperiosos deberes exime á los humanos la imposibilidad, esa especie de necesidad negativa, contra la cual no prevalece ningún designio. Si la patria no pudiese cumplir la obligación que sus servidores contrae, quedaría libre de ella mientras la imposibilidad durara. Pero ¿puede alegar tal excepción un país que paga anualmente más de cincuenta millones de pesetas á los funcionarios inválidos del Estado ó á sus familias? ¿Pues qué el empleado que ha considerado su empleo como un medio de vida, tiene ante el país al inutilizarse ó al morir derecho preferente sobre quien se inutilizó ó murió sirviendo á la patria en los campos de batalla? ¿Hay más mérito en despachar expedientes que en recibir balazos? ¿Es más estimable el consumo de la tinta burocrática que el derramamiento por la patria de la propia sangre? ¿Deben ser preferidos los que viven del país á los que mueren por él? Administrados con inteligencia, y, sobre todo, con honradez, cincuenta millones de pesetas darían margen para establecer en cada provincia un centro benéfico espléndidamente dotado, verdadero palacio de la caridad nacional, capaz de servir de asilo á todos los infortunios.

Claro es que no se hará. Opónense á ello los «derechos

adquiridos.» En la seguridad de que el Estado no ha de cumplir el sagrado deber que contrae para con los defensores de la patria, bueno sería que la iniciativa privada se aprestara á darle cumplimiento. Todos los españoles debemos á esas familias desvalidas la mitad de nuestro albergue y la mitad de nuestro pan. No es comprar demasiado caro á ese precio la seguridad que disfrutamos y el amparo que podemos dar á los nuestros. Porque, ¿hay nada tan odioso como imaginar que ese pobre soldado, padre de familia, al exhalar en el campo, en la ambulancia ó en el hospital el último suspiro, vea amargada su agonía con la imagen espantosa de la miseria á que deja abandonados á los suyos la patria por quien muere?

ALFREDO CALDERON.

LA CAMPAÑA DE CUBA

HERODES Y PILATOS

La ineptitud inquieta del general Martínez se complica con la torpeza senil y cachazuda del general Beránger.

Medrados estamos. Todo parece conjurarse en contra nuestra, como si los sucesos obedecieran á mandatos ineludibles, de altísimos y sobrehumanos poderes.

Un hombre impresionable, sin criterio fijo, sin voluntad, prohibiendo hoy lo que ayer mandó, hinchado de vanidad, creyendo de buena fe, pero equivocadamente, que los éxitos de su vida son debidos á su propio valer y no á caprichos de la suerte...

Este es el jefe del ejército expedicionario de Cuba, Martínez el Magno.

Vencido por los años y por el uso continuo del poder, más político que hombre técnico, hábil sólo para saltar de un lado á otro, hoy aquí, mañana allí, de la monarquía de doña Isabel á la revolución, de la revolución á la monarquía de don Amadeo, de la monarquía de D. Amadeo á la República, de la República á la monarquía de D. Alfonso, de la izquierda al fusionismo, del fusionismo á los conservadores...

Este es el general Beránger, jefe superior de las fuerzas navales.

De estos dos hombres, del general Martínez Campos y del ministro de Marina dependen hoy principalmente los destinos de la patria y la suerte de nuestras armas.

En tregua forzada y forzosa el ejército expedicionario de Cuba, obligado por los rigores de la estación á una pasividad que difícilmente se compagina con sus deseos de combate, enervado por el ocio, más que dividido atomizado en pequeñísimos destacamentos encargados de defender propiedades de particulares, estos soldados ven pasar los días y los días sin llegar á una batalla decisiva.

La gestión del general Martínez es funesta para la causa española. Es imposible mayor torpeza que la que impulsa sus actos.

Los insurrectos sin municiones ni repuestos de armas, imposibilitados por la carencia de elementos dentro del territorio en que operan, á la fabricación de ellas, no tienen más medio para procurárselas que hacerlas traer de los Estados Unidos.

Para evitar esto, se hace preciso el envío de gruesas columnas que guarden la costa y empujen las partidas insurrectas hacia el interior, y buques de rápida marcha que impidan que se acerquen á aquellas playas las embarcacio-

DON QUIJOTE.



El crimen de la calle de Campoamor.



POR LA PATRIA. La despedida de un reservista.

Diógenes

Lit. Jesús del Valle, 36.



¡Pican? ¡Pican?



¡Buena vara!

nes fletadas por los filibusteros para la conducción de armas.

Pero el general Martínez y el general Beránger lo entienden de otro modo. El primero dedica al ejército expedicionario, á la guardería rural; el segundo, se marcha á Liérganes y abandona la organización de las fuerzas navales.

Los diarios extranjeros nos relatan el desembarco en las costas de Cuba de millares de insurrectos y de cantidades enormes de armas y municiones. Los partes oficiales afirman que solo han desembarcado cincuenta hombres al mando de los cabecillas Serafín Sánchez, Roloff y Brasil.

Creemos exagerada una y otra versión. Pero la gravedad no está en el número de insurrectos desembarcados, sino en que sean posibles lo desembarcos.

Las costas cubanas están á merced de las audacias filibusteras, y, mientras tanto, el general Beránger permanece tranquilamente en Liérganes.

Y el general Martínez sigue meditando su plan de campaña.

CUENTO

I
En una de mi pueblo
triste calleja,
tiene Rita una casa
ruinosa y vieja.
Y en el muro en un nicho
sucio y estrecho,
hay un santo de palo
roto y mal trecho.
No sé si por respetos
ó por ultrajes,
las arañas le adornan
con mil encajes.
Nadie al santo regala
con oraciones,
ni tiene más devotos
que los ratones.
La dueña bien querría
cuidar al santo,
más su mequena renta
no es para tanto.
Pedir limosna al cura
fué empresa vana;
dijo:—Tengo mis santos,
perdone, hermana.
Y sin luz y con moscas
vive entretanto
el bendito San Lesmes
(que este era el santo).

II
Nadie ha visto una chica
tan resalada
como Irene, la moza
de la posada.
Muchos mozos del pueblo
la han pretendido,
más nadie sus favores
ha conseguido.
Que aunque al caso su oficio
poco se presta,
es Irene una chica
pura y honesta.
Sus favores, rendidos,
piden en vano
Ramón, Lucas, Antonio,
Roque y Mariano.
Cada día le asedian
con más ahínco,
pero la moza iguales
deja á los cinco.
Y viéndose por ella

tan desdefiados,
están los cinco mozos
desesperados.

III
Tiene Rita, entre Lucas
y sus cofrades,
fama de zurcidora
de voluntades,
pues le cuentan los mozos
sus esperanzas,
y le hacen las mozelas
sus confianzas.
Con ánimo de darla
buen alborque
si conquistaba á Irene,
fué á verla Roque.
Y le habló así la vieja:
—Si amas á Irene
y quieres que te quiera,
que por ti pene,
y se abra en el fuego
que á ti te abraza,
encomiéndate al santo
que tengo en casa.
Regálame, si sales
con tu capricho,
un farol que alumbré
su pobre nicho.
—Pues bien; si á ella le ablanda
mi tierno llanto,
tendrá por cuenta mía
farol el santo.

IV
A lo mismo (sin duda
lo hizo el demonio)
fueron Ramón, Mariano,
Lucas y Antonio.
Y como eran las mismas
sus pretensiones,
les hizo Rita iguales
proposiciones.
Con eso, el que triunfara
daba á la vieja
un farol para el santo
de la calleja.

V
¡Mire usted que la cosa
tiene hemoles,
que ya alumbran al santo
cinco faroles!

FRAGMENTO

IMITACIÓN A LEOPOLDO CANO

¡Este es el Código!... Así
rueda al fango la inocencia,
mientras triunfa la insolencia
por las calles de Madrid.

¡Llora la víctima en tanto
al ver manchadas sus galas
con la sangre de sus alas
y el acibar de su llanto!

Y en revuelta confusión
dice la gente al pasar:
«Esa se ha debido dar
contra algún guardacantón.»

Así pasando... pasando...
el vulgo apenas repara
en aquella triste cara
¡que se va desmoronando!

La virtud escarnecida,
la justicia mancillada,
la prostituta elevada
y la inocencia vencida.

El ángel de castidad
allá con sus alas rotas...
mientras se pone las botas
¡la orgullosa vanidad!

Este es el mundo y sus artes!
estas sus leyes tribales:
ladrones y criminales
y pillos por todas partes...

¿Que aquél roba? Que lo haga
con sensatez y cordura.
¡El que roba con fiuura
no va á presidio, si paga!

Y ahora me pregunto yo:
¿Qué hace el Código entretanto?
¿Convierte en perlas el llanto
y en luz las tenebras? No.
Bien escrito puede estar.
Leyes y farsas y nombres...
van acatando los hombres.

¡Yo no las quiero acatar!
Prefiero que me asesinen
antes de obrar de tal modo...

¡Si todo en la vida es lodo
el mundo entero es un crimen!
ALFONSO TOVAR.

EL CRIMEN IMPUNE

La protesta es general, porque general es también el peligro. Todos claman contra la frecuencia aterradora con que se repiten los asesinatos en Madrid y la impunidad de que gozan los asesinos. Salir á la calle después de las doce de la noche, constituye ya un acto heroico. Las más salvajes tribus rifeñas tienen derecho á mirarnos con compasión. En éstas, al menos, más tarde ó más temprano, el asesino paga su crimen, si no por el castigo que la autoridad le imponga, por las represalias de los parientes y amigos de la víctima. Aquí nuestras apariencias de civilización nos impiden realizar la venganza, y los asesinos campan por sus respetos, disfrutando de una libertad que en muchas ocasiones se les niega á los hombres honrados.

En medio del arroyo, en las primeras horas de la noche, cuando todos los vecinos salen á las puertas y balcones á respirar el fresco que la estrechez y malas condiciones de sus viviendas les niega, en una de las calles más céntricas de Madrid, inmediata á una de las vías más concurridas, en las cercanías de una taberna y no lejos de varias tiendas, una mujer ha sido asesinada, y este hecho—milagro inexplicable—se ha efectuado sin que nadie se percate de ello, sin que aquellos vecinos y aquellos transeúntes, sordos, mudos ó ciegos voluntarios, notasen nada, ni se diesen cuenta del horror de aquel crimen.

El temor á la impunidad en que quedan los asesinatos, y la repulsión á las vejaciones y molestias judiciales, efectúan estos prodigios. El asesino libre puede tomar venganza del imprudente que lo comprometió con sus declaraciones, y este temor asusta á los más atrevidos, y luego las interminables esperas en los pasillos de los Juzgados, los días y días perdidos para cumplir con rutinarios formalismos legales, la insolencia y desconsideración de los escribientes y alguaciles, las mil y mil molestias que sobre el asendereado testigo caen... Por eso todos callan, por eso todos guardan silencio.

Y mientras tanto, los asesinos campan por sus respetos, sin miedo á la policía, preparándose á realizar nuevos crímenes.

LANZADAS

En el Gobierno civil se ha recibido una comunicación de la Capitania general, pidiendo que se le dé cuenta del manicomio donde va á ser conducido el general Fuentes.

Vamos á ver: ¿y á qué manicomio va á ser llevado «el último español?»

¿Al ministerio de la Guerra?

—Me he lanzado á la política,

—Pues siendo joven, supongo

que tú irás hacia el progreso.

—Donde iré es hacia el negocio.

Para lo que se utiliza el telégrafo:

«En el primer expreso llegó el Sr. Castelar, que se hospedaba en la villa Sandres Triana, donde pasará un mes.

Cuando llegó á su alojamiento notó la falta de una navaja de nácar que tenía en gran estima, enviando recado á la estación para que la buscaran.»

¡Cielos, D. Emilio usa navaja!

¿Y dónde la llevaría para perderla tan fácilmente?

¿En la liga?

¡Sáquenlos, por Dios, de esta horrible duda, el co-responsal!

—¿Qué es su tío Salvador?

—Ese tío es sagastino.

—¿Y su tío Celestino?

—Pues ese es conservador.

De tíos tengo una nube;

siempre de ellos saco raja.

—Es claro, si un tío baja,

en cambio otro tío sube.

Los señores D. Miguel Lumbreras y D. Fulano Sancho, continúan bien en su importante salud.

De igual beneficio disfruta el asesino de la calle de Campoamor.

¡Y vamos viviendo!

—Chico, del juego reniego;

perdí un duro el otro día,

el único que tenía.

—¿Consiente el gobierno el juego?

—Lo perdí á la Lotería.

Deja á Silvela que calle
y devore su dolor,
que él piensa que su silencio
tiene segunda intención.

El Sr. Linares Rivas ha teleografiado á su jefe y amigo el Sr. Cánovas.

Dicen que hay crisis.

Y yo me escamo.

¡Porque ese Linares debe tener un callo que le anuncie los cambios ministeriales!

Otro telegramita fin de siglo:

«Córdoba 31 (8 40 n.)—A puerta cerrada se ha verificado esta tarde en la plaza de toros la lidia de dos novillos.

Han actuado de matadores el diputado por Lucena...»

¿Diputado y sabe matar toros?

¡A ese hombre hay que hacerle ministro inmediatamente!

EL CAPITAN VIDAURRETA

Otro menos. Detrás de nosotros vamos dejando un «reguero de cadáveres.» Ayer el teniente González, hoy el capitán Vidaurreta. ¡Nos vamos quedando solos!

Era un hermoso ejemplar humano el pobre Vidaurreta, uno de esos hombres que hacen simpática la especie.

Aquel revolucionario impenitente, para quien la vida era una eterna aventura, era un niño grande, todo corazón...

¡Y qué fe más hermosa la suya! Creía en todo, con esa confianza de los convencidos; creía en todo, en la Revolución inmediata, en la República á plazo fijo...

Muchas veces han confortado mi espíritu, lleno de desalientos y dudas, sus palabras de esperanza.

Para él no había obstáculos nunca. Era un apostol de la fuerza, un convencido de la Revolución. Y tenía tal fe en el ideal, que se sentía capaz de salir él solo á la calle á proclamar la República, en la seguridad de que el pueblo se pondría á su lado para secundar su iniciativa.

Yo oí de sus propios labios la historia del movimiento de Septiembre de 1886.

Cuando Vidaurreta hablaba de aquellos sucesos, sufría una verdadera transformación.

Bruscamente alteraban su espíritu tales y tan encontrados sentimientos, que pasaba con igual facilidad del entusiasmo á la cólera.

Y era digna de ser oída aquella relación del hecho más transcendental quizás de toda la regencia.

Vidaurreta historiaba su relato con detalles interesantísimos.

Y cuando hablaba de los comprometidos que faltaron á su palabra, desertando del puesto del deber, se exaltaba como un poseído, animando la relación con enérgicas interjecciones.

Vidaurreta era el encargado de sublevar la guardia del Ministerio de la Guerra. Cuando llegó al palacio de Buenavista, la sublevación estaba ya vencida y Villacampa, seguido de cerca por las tropas del gobierno, se dirigía al cuartel de los Deks en busca de nuevos refuerzos que secundaran el movimiento.

Pero todo fué inútil. Aquella intentona revolucionaria, tan bien urdida, debía de fracasar y fracasó.

Vidaurreta, detenido el día 20 de Septiembre, fué conducido á las prisiones militares de San Francisco, sujeto á un proceso militar, y condenado después á no recordamos cuantos años de presidio.

Porque sabidos son aquellos versos del clásico:

«Que en casos tales
los vencidos son traidores,
los vencedores leales.»

Fuera ya de presidio Vidaurreta, continuó incansable trabajando por la Revolución.

Aquel espíritu entero no era capaz de desmayos ni vacilaciones. Cuántas veces le oí decir: «yo me pondré á las órdenes del primero que se atreva á alzarse en armas contra la monarquía.»

Aquel hombre sentía la necesidad de la lucha; era un revolucionario por temperamento y hasta por costumbre.

Ya lo hemos dicho: para él la vida era una aventura.

Honremos la memoria de aquel que lo sacrificó todo, familia, carrera, porvenir... ¡todo! por la causa de la República.

Hombres como Vidaurreta no debieran morir nunca.

MIGUEL SAWA.

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5.